

posición y muerte definitiva. La historia — gran maestra a veces — nos demuestra cómo los regímenes asentados sobre una franca y desnuda violencia, impositivos y grandemente centralizadores, han sido efímeros; de su existencia ha quedado sólo el amargo recuerdo de una tragedia más.

El fascismo, es sólo producto de una situación de fuerza; ningún hecho elocuente, en la trayectoria hasta aquí recorrida, señalada un cambio profundo hacia planos de relativo bienestar para el pueblo.

Acontecimientos que corroboran y tornan veraces las acusaciones lanzadas contra el régimen fascista, existen a millares. Centenares y centenares de páginas podrían llenarse con el relato de escenas salvajes y terribles. ¿Acaso el asesinato del joven diputado Matteotti, no es un signo sintomático del estado anormal de cosas porque atraviesa la bella Italia, honra del arte y la leyenda? Las numerosas deportaciones, saqueos, destrucciones de imprentas (1) y

(1) Imprenta del "Avanti!" de Milán, "Umonita Nova", de Roma, ambos diarios. Imprenta e Editorial "Sociale", de Milán, etc.

El problema del divorcio

Sin ser Freud se puede afirmar que la influencia ejercida por lo sexual en la formación del individuo es decisiva. Ahondando en las actividades humanas más disímiles, siguiendo el curso de las más tortuosas tendencias se encuentra, al fin, que convergen subrepticamente al sexo. Pero el alimento propio del espíritu humano es la mentira. La hipocresía es la norma absoluta de la conducta social, y es por eso que los problemas del amor son contemplados siempre a través de una niebla romántica de novela y juzgados con el criterio de un puritanismo convencional.

La vida sexual en la sociedad contemporánea es una lucha dolorosa entre el instinto y la tradición. Mientras el uno impele a la vida fuerte y plena, a la libre satisfacción de las imperativas necesidades naturales, la otra, obliterando las expansiones gozosas de la pasión, conduce al vicio, a la degeneración, a la angustia taciturna. Las proyecciones del triunfo de la tradición social y religiosa sobre el instinto puro son incalculables. El desequilibrio nervioso, la decadencia de la voluntad, las tendencias mórbidas, casi todos los estigmas degenerativos de la juventud se deben, en gran parte, a los obstáculos que rodean el cumplimiento de las funciones sexuales, desvirtuándolas, a veces, hasta lo patológico.

Por razones de clima, de herencia, de idiosincrasia, los latinos, o latinizados, despertamos demasiado temprano al amor. Antes que las primeras inquietudes del pensamiento nacen en nosotros los inexplicables ardores de las entrañas. Y el instinto naciente no admite dilaciones; la mujer nos atrae con el prestigio sugestivo de lo irrelativo y prometedor. Pero está más allá de lo que es posible para nosotros; hay entre ella y nuestro deseo un mundo secular de temores, de estupideces cristianas, de prejuicios sociales y morales. Dominados por las vagas y ardientes melancolías de la adolescencia, desesperados, ansiosos del misterio que se nos escapa, por primera vez sentimos odio contra la sordidez de la vida. Nos quejamos de todo; es la hora noble de pesimismo y de inquietud que antecede a la cínica complicidad con la costumbre. Es posible que entonces hagamos versos—"¿quién que es no ha hecho versitos?"— en los que, rimando, con adocenada amargura, amor con dolor, hablemos de una mujer imposible que atraviesa el inevitable jardín bajo los inevitables rayos de la luna... Junto a esa balbuciente efusión de lirismo aparece, pronto, la sucia realidad dominadora. La sociedad, alcahueta sibilina, nos ha enseñado el camino que conduce al amor mercenario. A veces, cuando el bolsillo lo permite, tomamos recatadamente por ciertas calles hasta que, desde el quicio de una puerta, una mujer nos llama. Esa mujer es, para nosotros, la única princesa posible, la fría complaciente del bosque de nuestros sueños. Siguiéndola, nos hundimos con ella en la miseria de una parodia bestial, nos revolcamos en su desgracia de mujer condenada por la iniquidad social, hasta que, saciados, nos alejamos escupiendo rencor, vergüenza, rebeldía.

La prostitución es una puerta de escape que la sociedad burguesa deja a los hombres. Como en un resumiendo trágico, ahí van a depositarse todas las sensualidades constreñidas. El hombre, en el prostíbulo, es el bruto en acción, despojado de los abalorios con que la educación lo adorna. El prostíbulo, o mejor dicho, la prostitución es una institución tan necesaria a la sociedad burguesa, como la cárcel y el ejército.

La mujer, en cambio, no tiene otra salida legítima que el matrimonio. El Estado y la Iglesia velan por la santidad de la familia. La naturaleza, sin embargo, exige siempre el cumplimiento de sus derechos. El Estado y la Iglesia no han conseguido con sus imposiciones que la mujer sea casta, sino que sea hipócrita. Cada una busca, por cualquier medio, la satisfacción de sus anhelos apremiantes. Sobrevienen los excesos ocultos, el histerismo, las tragedias silenciosas de la carne que pintan ojerzas más elocuentes que un tratado, en los rostros pudibundos.

El problema para la mayoría de las mujeres consiste en dar alimento a su sensual-

cooperativas, Cámaras del Trabajo reducidas a cenizas, condenas monstruosas por el delito de mantener ideas contrarias a la integridad del fascismo, ¿no son factores clarísimos que asignan un valor irrefutable a ese régimen de violencia? La enorme corriente de repudio, manifestada por los propios hijos de Italia, desde los cuatro puntos cardinales del globo, ¿no revela lo falso de ese estado absolutista, mantenido por el poder de la mordaza y la contundencia de las bayonetas?

¿Hay algo más absurdo y utópico que pretender suprimir las oposiciones emanadas de un plano ideológico distinto al oficial, mediante el ejercicio de una cruel extorsión? Y eso es lo que se ha venido gestando en Italia. La anulación, en virtud de medios abominables, de todo aquello que signifique disconformidad con el fascismo.

Tras la medalla brillante que guarda esculpidamente la figura del gran jefe, nosotros vemos el reverso de ella: esa situación opresiva que flagela el alma afanosa de libertad; esa dura lámpida que oprime la conciencia colectiva e impide los amplios vuelos del espíritu libre.

VICTOR YAÑEZ.

dad, sin perder el reconocimiento oficial de su virtud. Se relacionan con el hombre, realizan con él ese grotesco y escabroso simulacro, consentido por la hipocresía ambiente, que llaman "póloleo". A veces, no resisten las tremantes exigencias de los sentidos, y se abandonan ocultando lo que, para su cristianismo pegajoso, es un pecado, en los sórdidos cuartuchos de hoteles de lance o en recatadas casas de cita.

Después continúan ese irritante sport burgués que es la caza del marido, adoctrinadas por las amigas y la mamá, apremiadas por el tiempo que huye robándose los graciosos atractivos de la lozanía. Un día cualquiera se casan, se amarran a un hombre por los vínculos sagrados de la iglesia y por los vínculos jurídicos del Estado. Y desde entonces ya no se pertenecen a sí mismas, pasan a la categoría de cosas, no pueden vivir su propia vida. El código pone en manos del marido armas contundentes. La mujer está obligada a la sumisión, a la servilidad doméstica, a una irremediable obediencia pasiva.

¿Y el amor? El amor, como todas las cosas fuertes y bellas, no tiene importancia en la sociedad burguesa. El hombre y la mujer se ayuntan por razones generalmente ajenas a las famosas razones del corazón de que hablara Pascal: por interés, por conveniencia, por prestigio social. Y el absurdo de la ley y de la costumbre alcanza hasta a los hijos. Ilegítimos se llama a los que nacen de la pura efusión amorosa, al margen del código; sólo tienen derechos los que resultan de la unión burocrática ante un oficial del Registro Civil.

Luego, el matrimonio es, en la actualidad, entre nosotros, indisoluble. Aparte del absurdo inicial que significa la intromisión del Estado en un asunto de orden tan personalísimo como la pasión, se llega hasta el esclavizamiento total de la vida. El hombre busca el matrimonio como un asilo; llega a él gastado, acaso enfermo, roído por los efectos del placer buscado en cualquier esquina. Así, las mujeres están obligadas muchas veces a ser leales a desgraciados atrabiliarios, a respetarlos, a sufrir sus caprichos enfermizos y sus caricias vergonzantes. La ley es rígida.

Hoy día se quiere innovar, paliar en algo la ridícula situación existente, por medio del divorcio con disolución de vínculo. Esto ha producido indignación en los altos círculos de la aristocracia; la prensa sería opina en contra; la iglesia siente amenazada la dignidad católica de la familia; y señoras copetudas y "demi vierges", que llevan encima el dulce recuerdo de más de un sonado adulterio, arremeten contra los bárbaros que pretenden atentar contra su esclavitud. Esta actitud sería ridícula si no fuera extraordinariamente irritante. Da repugnancia la impudicia hipócrita de nuestra burguesía que, corrompida hasta los tuétanos, disfraza sus vicios, tras las bambalinas artificiosas de la actual organización social.

Somos partidarios en esto, como en todo, de la más amplia libertad. No aceptamos la mentira organizada de la sociedad, ni las imposiciones del Estado, ni la persistencia de las supersticiones morales que impiden la espléndida plenitud de la vida libre. El divorcio significa un paso hacia adelante; por el momento estaremos, pues, con él, y contra la ceguera conservadora. Pero seguiremos, también, combatiendo la intromisión vejatoria del Estado, la imbecilidad tonsurada de la Iglesia, los prejuicios de un cristianismo falseado por veinte siglos de doctores, de concilios y de pontifices.

Hay que limpiar el amor de la peste de hipocresía, de maldad y de mercantilismo que lo cubre. Queremos el predominio inocente y creador de la naturaleza. El hombre y la mujer deben juntarse conforme a sus instintos y simpatías, fuera de la influencia de todo poder limitador. La unión sexual de dos seres no necesita la sanción oficial, ni la aquiescencia divina. Ella, cuando es sana, se realiza por una fatalidad de la naturaleza, que nada debería obstaculizar y nada debiera desvirtuar.

Sin embargo, no nos engañemos: el ca-

mino por recorrer es largo todavía. Hay que ir formando conciencias, preparando los espíritus para la vida nueva, iniciándolos en el difícil aprendizaje de la libertad. El matrimonio llegará a ser un día la fusión de dos voluntades afines en un mismo propósito ideal. Para ello, es necesario arremeter de frente contra todo lo que, empujando y conculcando la vida, hace que los seres, no se conozcan a sí mismos, y desperdicien las infinitas posibilidades de perfección, es decir, de libertad, que llevan en el fondo confuso de los espíritus...

EUGENIO GONZALEZ R.

COMENTARIOS

REVOLUCIONES. —

El país de los macacos está en revolución. Los militares despechados y los fazendeiros descontentos, han levantado la negrada del Sur del Brasil y se han lanzado contra Sao Paulo.

Desde hace tiempo, la tierra del café nos está dando estos espectáculos. También es cierto, que este país, donde la raza negra y mestiza tiene un altísimo porcentaje en la población, se presta para estos movimientos sediciosos, movimientos revolucionarios ridículos, sin ninguna base ideológica, sin ningún programa de consideración, como no sea el de derribar a un negro para subir a otro.

El Brasil fué el último pueblo de América que conservó la esclavitud. Todavía en las masas oscuras corre la sangre esclava.

En los inmensos bosques la raza mestiza vegeta. Ella es el símbolo de la inercia espiritual, moral y física. Para ella no existe más que el problema diario de llenar la tripa, y los demás problemas más pequeños: cuidar la prole, aumentarla, etc.

Fácil les es entonces, a los caudillos del Estado tal o cual, obligar a esos marmotas a acompañarlos en las asonadas fraticidas. El mestizo va de mala gana, pero cuando ve que hay que defender el pellejo que, aunque mulato, para ellos vale tanto como el blanco, se vuelve una fiera.

El negro es más revoltoso, y le gusta andar a tiros. Su sangre es más pura y por eso más ardiente, como la de Joao Cândido.

Lástima que ella se pierda en estas luchas estúpidas, que no llevan a un país más que al descrédito y a la zozobra.

¿Y esto en la época en que el pelado mexicano ganó a fuerza de tiros su bien merecida tranquilidad económica!

Bolivia también ha ensayado su pequeña asonada. Tres o cuatro pelagatos, acompañados de otros pelagatos menores, han ensayado en Santa Cruz un proyecto de revolución.

Alimentándose con coca y chicha de maíz, quieren derrotar al numeroso y aguerrido ejército legalista.

Razón tenía Laforgue cuando decía en sus versos:

No hay más que brutos,
más cada día.

JUBILACIONES. —

El diputado radical señor Rojas Mery, ha presentado, o presentará, a la Cámara de que forma parte, un proyecto que establece la jubilación para los periodistas.

Muy bien. Aplaudimos la idea. Es un gremio que se la merece, como otro cualquiera podría merecerla: albañiles, pintores, marmolistas, etc.

Porque no es razón ninguna el decir que es el gremio que más la merece. ¿Por qué? ¿No vale tanto un asalariado manual como un asalariado intelectual? ¿No trabajaron o no trabajan ambos en lo que se llama "progreso del país"? ¿No estuvo el manual encadenado de una pierna a su faena como el intelectual amarrado del cerebro a su tarea? ¿No levantó la riqueza del burgués el primero, como el otro, muchas veces forzosamente, levantó el nombre de un político? ¿Y no murieron los dos, muchas veces, del mismo mal: de hambre?

Y esto en cuanto a los periodistas honrados, que son tan escasos. Que en cuanto a los otros...

Detrás de la mayor parte de los buenos periodistas hay un artista fracasado. Los hay muchos en los diarios de Santiago. Encontraron en el periodismo un modo de ganarse la vida decentemente, creyendo que de esa manera resolvían el problema de no morir de hambre y de continuar su carrera literaria. Pero el oficio les exprimió todo el talento e hizo de ellos máquinas para fabricar editoriales, noticias, crónicas, sin darles, en cambio, ninguna esperanza para la vejez. Mientras tanto, la empresa propietaria hinchó sus ganancias, multiplicó sus millones, encombó a políticos, y se rió de todas las palabras vacías que cada día expuso como norma moral al país.

Lo más amargo de todo es que esa jubilación, más que una merecida recompensa, es una limosna que el millonario da a los que le ayudaron a fabricar sus millones.

¡Pobres periodistas!

En la reunión que hicieron ellos, el respetable don Salvador Nicosía pidió que todos los concurrentes se pusieran de pie en honor del último periodista fallecido en la indigencia.

Y todos lo hicieron, como ante un símbolo.